

EL MOTÍN



Año XXXIV.—Madrid, Jueves 24 Diciembre 1914.—Número 52

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Vista de un proceso

Pues, señor, hace unos dos años próximamente, publicó *España Nueva* varios artículos censurando la conducta del párroco de Yepes. Los leí sin ocuparme de ellos.

Un día recibí unas cuartillas de *España Nueva*; leí los primeros renglones; vi que en ellas se copiaba uno de los artículos publicados hacía pocos días y las di á las cajas sin leerlas, indicando la procedencia, pero sin ponerle comentario alguno.

¿Quién me las enviaba? Pensé que sería Rodrigo Soriano, á quien suponía director del periódico, y al que, por algún interés especial, convendría que se reprodujese el artículo en EL MOTÍN.

España Nueva siguió publicando artículos acerca del párroco de Yepes, yo continúe leyéndolos, pero no copié ninguno más.

Pasa un mes ó dos, y me veo citado á juicio de conciliación en el juzgado municipal del Hospicio, en nombre del párroco; se me pide una retractación inmediata; reñero lo ocurrido y me abstengo de dar explicaciones, por enterarme allí mismo de que á *España Nueva* se le pedía también la retractación. ¿Qué podía decir yo de un asunto cuyo génesis ignoraba, sin exponerme á contradecir lo que decir pudiera el autor de aquellos artículos?

Cuando me llamaron á declarar en el Juzgado de instrucción, dije que el autor del artículo era Rodrigo Soriano, avisándoselo después á él.

Pasa el tiempo, me citan nuevamente, me enteran de que Soriano niega ser el autor, y me procesan.

Sigue su curso el proceso; el día 14 del actual me entero de que la vista se celebrará el día 16, y se lo aviso á Soriano, diciéndole que estaban citados como testigos el diputado don Julián Nogués, director por aquel entonces de *España Nueva*, y el redactor Blanco Soria.

Llego á las Salesas con el abogado Menéndez Pallarés y el procurador Ignacio Corujo; se presenta Blanco Soria, diciendo que no había podido ver á Nogués; pasa al teléfono, pregunta á no sé quién y se enteran de que Nogués está almorzando no sé dónde; se pone al fin al habla con él; le autoriza para decir que él me había mandado las cuartillas, pero no se presenta. Comienza el juicio y Blanco Soria declara en el sentido que Nogués le dijo; Pallarés pide que se suspenda la vista por no haber acudido testigo tan importante; la Sala no accede á su petición; el Sr. Fernández Henestrosa acusa en nombre del párroco, reconociendo que yo no he escrito el artículo publicado en EL MOTÍN, pero pidiendo que se me imponga la pena de tres años y pico de destierro y la multa de 1.500 pesetas. Y toma la palabra mi defensor.

Todos saben que al nombre de Menéndez Pallarés van unidas en lazo indisoluble las ideas expresadas en las palabras elocuencia, sinceridad, conocimiento del derecho y práctica forense; por esto me limito á decir que su informe fué uno más de los suyos. Como pronunciado ante un tribunal de Derecho se distinguió por su carácter jurídico.

En el orden ético señaló tres hechos: 1.º El Sr. Nakens no es autor del artículo; escribe de otra manera, inspirado siempre en el ideal; su pluma hiere como la espada esgrimida en noble combate, pero no injuria. 2.º El artículo fué publicado por *España Nueva*. EL MOTÍN, sin aditamento ni comentario alguno, lo reprodujo, y por consiguiente no puede concurrir en el procesado el grado de culpa que la ley castiga en el director de un periódico que oculta, conociéndolo, el nombre del autor del artículo injurioso; y 3.º El Sr. Nakens no ordenó la reproducción del artículo por iniciativa espontánea, si no, según declaración del testigo

Sr. Blanco Soria, cediendo á ruego del diputado Sr. Nogués, que consideraba el artículo como suyo. Además, el Sr. Nakens no conoce al cura de Yepes, y no pudo obrar á impulso del odio personal, que es la pasión generadora de la injuria.

Dijo que en la querella, más que en el acto que la motiva, se ve el influjo de una pasión vituperable. La querella dirigida contra el periódico que lanzó el artículo á la publicidad bastaba para vindicar la honra del injuriado. Respecto al mayor daño producido por la reproducción del artículo en EL MOTÍN, reparado hubiera quedado con solicitar, al amparo de lo dispuesto en el artículo 478 del Código penal, la inserción en su día de la sentencia condenatoria. Se ha dirigido la querella precisamente contra Don José Nakens, á manera de represalia, por ser el Sr. Nakens el primer anticlerical, el más sincero anticatólico, el autor de campañas vibrantes inspiradas en la más alta elevación de pensamiento en pro del laicismo, de la secularización del Estado y de la sociedad. Hizo el Sr. Menéndez Pallarés la distinción filosófica y jurídica de la idea y el delito.

Refiriéndose á varias sentencias del Tribunal Supremo, examinó los elementos que integran el delito de injuria, demostrando que en el caso del proceso no era imputable al señor Nakens el dolo ó intención característica de los delitos contra el honor. Examinó la ficción de la ley que hace responsable de los delitos de imprenta, cuando el autor no es conocido, á los directores de la publicación. Tiene esta ficción su fundamento en la suposición lógica de que el director de un periódico conoce ó se pone en comunicación con todos los que en él escriben, ó hace suyos los trabajos anónimos cuya publicación ordena. En el caso de la causa ni es dable gratuitamente suponer que el director de EL MOTÍN conozca y maliciosamente oculte el autor del artículo *El cura de Yepes*, que para nada tuvo que dirigirse á EL MOTÍN; ni tal artículo al reproducirlo dicho periódico era ya anónimo, pues á la esfera de la publicidad salió bajo la responsabilidad conocida y cierta de *España Nueva*, y así, cumpliendo con lo preceptuado por la ley de propiedad intelectual, EL MOTÍN puso al pie del artículo reproducido el nombre del

periódico que por primera vez la publicó.

¿Es que la jurisprudencia ha establecido que el director del periódico que reproduce un artículo injurioso es también responsable? En absoluto no. En primer lugar, en lo criminal no existe jurisprudencia propiamente dicha, y por ello en ésta jurisdicción, á diferencia de la civil, no se dé el recurso de casación por infracción de doctrina legal. Por otra parte la jurisprudencia ó doctrina del Supremo habrá de referirse á los casos en que el artículo reproducido haya sido denunciado ú objeto de querella, ó cuando medien datos, indicios ó antecedentes que permitan atribuir el nuevo acto de publicidad al móvil, intención ó dolo específico de la injuria. El artículo de que se trata formó parte de una larga campaña que sostuvo *España Nueva* contra el cura de Yepes, y *EL MOTIN*, por extraña excitación, sólo reprodujo ese artículo, cuando la publicación de otros muchos sobre el mismo asunto no habían dado lugar á la querella. En relación á la doctrina del Supremo, á la unánime opinión de los comentaristas y al criterio que emerge del sentido claro de la ley, sostuvo el letrado que la injuria es el delito de intención por excelencia, más aún: que es delito eminentemente subjetivo, esencialmente de intención, y que en el caso del proceso, la reproducción del artículo *El cura de Yepes*, mientras de indicios ó antecedentes conocidos no se deduzca lo contrario, no puede ser atribuido al móvil ó intención deliberada de la difamación y el descrédito. En este respecto es de tener en cuenta que en su informe el letrado de la parte querellante ha reconocido que el Sr. Nakens accedió al ruego de publicar el artículo sin leerlo siquiera.

Demostró después el Sr. Menéndez Pallarés el error jurídico de la calificación del delito, y en tal error halló la razón más poderosa para la absolución que solicitaba.

Fundándose en el precepto constitucional que declara oficial la religión católica, en el derecho canónico en lo relativo á la potestad de jurisdicción de la jerarquía eclesiástica, en sentencias del Tribunal Supremo y en la disposición expresa del artículo 478 del vigente Código penal, afirmó que el cura párroco está considerado como autoridad. Examinó el artículo objeto de la querella, demostrando que en él no se alude ni se hace imputaciones al particular Sr. Ayllón, sinó al cura párroco en orden á su función como tal párroco, criticándose sus predicaciones en el púlpito y hasta su conducta en el confesonario. Dice que con arreglo al Código la califi-

cación adecuada sería la de un delito público de desacato por injuria, definido en el artículo 269 del citado cuerpo legal; y que dentro de nuestro sistema acusatorio, tal delito no puede perseguirse y castigarse sin la intervención del Ministerio fiscal. En modo alguno puede quedar al arbitrio del ofendido ni la figura del delito ni el orden del procedimiento por la ley establecido como garantía de interés público.

Sostiene finalmente el letrado, prescindiendo ya de las razones procesales antes indicadas, que el hecho motivador de la causa hállese comprendido en la ley de Amnistía recientemente votada por las Cortes. Comprende esta ley todos los delitos cometidos por medio de la imprenta, exceptuando el de injurias á particulares. Para esta conclusión bastará reconocer en el cura párroco no ya el carácter de autoridad, sino el de simple funcionario, y tener en cuenta que la Ley de Amnistía, según manifestación expresa de la Comisión parlamentaria contestando á una enmienda del diputado señor Ayuso y las declaraciones del Presidente del Gobierno contestando en el Senado al Sr. García Prieto, comprende las injurias á los funcionarios, aunque éstas sólo pueden perseguirse como delito privado á instancia de parte, por no estar comprendidas en el artículo 270 del Código que castiga solamente como delito público la injuria contra el funcionario en su presencia ó en escrito que directamente se le dirige. A este efecto refiriéndose concretamente al artículo motivo de la querella, demuestra que éste no sólo en su contexto ó sentido general se refiere á la autoridad ó funcionario del orden religioso, sino también la finalidad de dicho artículo, con el que se responde al abuso que de su autoridad ó función hiciera el curap árroco de Yepes, prohibiendo á sus feligreses la lectura de los periódicos *España Nueva*, *El País* y *EL MOTIN*.

Dice que no es lícito desglosar del conjunto del artículo conceptos aislados para buscar en ellos el delito de injuria al particular, y esto por tres razones: 1.^a Porque es doctrina legal que el Supremo aplica invariablemente. 2.^a Porque en el artículo de que se trata todos los conceptos se subordinan al pensamiento principal de señalar el mal uso que de su autoridad hace el párroco; y 3.^a Porque en un escrito ó artículo no puede existir más que un sólo delito, por constituir dicho escrito ó artículo un sólo acto moral y responder á una sola dirección ó movimiento de la voluntad.

Insiste el Sr. Menéndez Pallarés en que la querella es una represalia contra el Sr. Nakens, y así premedi-

tadamente se ha prescindido del carácter de delito público que pudiera revestir el hecho sumarial para privar al procesado del beneficio de los frecuentes indultos para los delitos de imprenta. Tal represalia no corresponde á la recta y noble intención en que el director de *EL MOTIN* inspira todos sus actos. El Sr. Nakens, por lo mismo que no cree en lo sobrenatural, rinde culto fervoroso á lo suprasensible. En la esfera de lo suprasensible están los grandes ideales, los altos conceptos del honor, la justicia, la verdad, la libertad y el bien. Esa es la hermosa religión de mi patrocinado.

El anterior relato da á todos una idea de lo que Menéndez Pallarés dijo; pero únicamente quienes le hayan oído informar en estrados, podrán figurarse cómo lo dijo.

Por esto suprimo todo elogio, y me limito á dar las gracias al amigo á quien he dedicado en esta forma mi libro *Yo, hablando de mí*.

«A E. Menéndez Pallarés:

Digno y decente como hombre, como político, y hasta ¡el colmo ya! como abogado.»

JOSÉ NAKENS

Respuesta breve

Mi buen amigo Nakens: En *El Diluvio*, fecha 15, he publicado unos breves comentarios á su magnífico artículo *Los equivocados*, y también he reproducido en él las cartas que forman el proceso de este calvario para que llegue la noticia hasta el Belchite republicano.

He dicho siempre que una frase de usted envuelta en su ironía habitual era una maza de Fraga que dejaba hecha cisco una institución ó un hombre. ¡Bonita ha dejado usted la *Escuela Moderna* y á su director Portet! No sé qué respuesta darán á la soflama.

Sí, no le quepa á usted duda alguna: entre el ideal y el negocio no sólo hay compatibilidad perfecta, sino que ideal sin negocio maldita la huella que labra. El nuestro no es productivo, ni poco ni mucho; no da ni honra ni dinero, y por eso somos tan pocos.

Cuentan las *Crónicas* (de la Orden Carmelitana) que hallándose una vez Santa Teresa muy colmada de aflicciones físicas y morales, se le apareció Jesús y le dijo:

—Estos son los regalos que guardo yo para mis servidores.

Y la santa, que no perdía su grajeo y aplomo en ninguna ocasión, contestóle:

—Entonces, Señor, no me extraño que tengáis tan pocos...

Duro de roer es el hueso anticlerical, y no es extraño que nuestras

huestes estén mermadas; ven nuestra pinta y lo poco que nos luce el pelo, y se vuelven á las ollas de Egipto como los judíos en el desierto.

Que nosotros somos de los *convencidos*, eso no se puede dudar, pues hemos salido perdiendo al meternos en esta trapatista.

Cuando un hombre, al defender una idea, *pierde* más que ganaba antes, y sin embargo sigue adelante, ese hombre es un convencido, y merece respeto así defienda el mayor de los absurdos.

Veinticinco mil pesetas anuales más largas que cortas ganaba yo cuando nuestra santa madre la Iglesia me mecía en su regazo; hoy á duras penas reúno tres mil ¡y tan contento! ¿Seré yo un *convencido*? Porque yo abracé este camino por gusto, libremente, y documentos cantarán si hace falta; y la prueba de que nada me obligó á salir, es que tengo la puerta abierta y el camino expedito para volver mañana mismo á las andadas si me diera la gana.

Estamos, pues, en condiciones de poder hablar alto y cantar las verdades á todo bicho viviente, y usted, modelo y espejo de todos, muchísimo más.

Seguiremos, pues, en estas andanzas lo que la salud y los medios nos lo permitan, para poder decir al final de la carrera lo que los siervos aquellos de la Escritura: «Lo que pudimos hacer, lo hicimos.»

Respecto al MOTIN... créame, suprima usted ocho páginas; los partidarios de nuestras ideas lo comprarán lo mismo, y cuanto menos haya que leer, mejor. La gente vive muy deprisa, el tiempo es corto, y un español no se tragaría un número del *Times* ó de *La Nación*, de Buenos Aires, aunque lo emplumaran. Viendo usted, EL MOTIN, salga como salga, tendrá lectores y partidarios; pero, eso sí: esté usted en la seguridad de que morirá con usted. Es una cosa tan *Nakens*, que no es posible suplir el espíritu que la informa con nada.

Que tarde mucho eso es lo que desea

FRAY GERUNDIO

He leído con mucho gusto su breve respuesta, por que me confirma en la idea de que seguirá usted teniendo derecho á cantar á dúo conmigo esta copla:

Yo soy como aquel navío
cuando lo están carenando,
cuanto más golpes le dan
más firme se va quedando.

Respecto á reducir las páginas de EL MOTIN, aunque lo sienta mucho, creo que no voy á tener otro remedio que hacerlo: con lo que me ahorre de papel, nivelaré los gastos con los ingresos.

Y á propósito. Si sabe usted qué

santo está al frente del Negociado de la Lotería, dígamelo inmediatamente; iré en automóvil á comprarle un par de cirios para que no me deje á dos velas (llevo un duro en el sorteo de Navidad.) Si me tocase el gordo, no sólo no suprimiría ni una página de EL MOTIN, si no que aumentaría ocho más á las que hoy tiene. No confío ya para evitar la disminución más que en la Lotería y en la Providencia.

Desea usted que tarde en llegar el día de entregar yo «el alma á Dios y el cuerpo á la tierra de que fui formado» (fórmula notarial de los testamentos). Yo también deseo que tarde, por más que, cuando se está ya de tal modo que pueden aplicarle á uno aquello de:

el caballo de Pedro Miranda
ni come, ni bebe, ni ..., ni anda,
la vida tiene pocos atractivos; pero como da la maldita casualidad de que no hay otra, seguiré haciendo el oso por aquí todo el tiempo que pueda, que no será mucho, á juzgar por esto que voy á decirle.

Cierro el presente número el día 21 del mes de Diciembre del año de gracia de 1914, después de haber leído los telegramas que nos transmiten las peripecias de la partida de *foot ball* macabro que desde primeros de Agosto vienen jugando los equipos de Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, Rusia, Servia y últimamente Turquía; día el más chico del año hasta 1841 en que me digné venir á echar un vistazo por esta Tierra redimida con la preciosísima sangre de Cristo y encharcada hoy con la de aquéllos que dicen que creen en él, siguen su doctrina y practican sus enseñanzas.

Sí, admírense todos; el 21 de Diciembre de 1841 (no recuerdo la hora), aparecí de improviso en este planeta, sin estar (al menos que yo sepá) anunciado por profeta alguno, pero resuelto y decidido á cumplir la misión que se me había impuesto, no sé cuándo, ni dónde, ni por quién, con el mismo celo y decisión que si lo hubieran anunciado siglos há millares de Ezequieles, Daniel, Isaias, Malaquías etc., etc.; misión que ha consistido, dicho sea sin jactancia, en demostrar prácticamente que se puede bien ser tonto sin parecerlo.

Y como desde que aparecí hasta hoy han pasado ya setenta y tres años y casi todos deben contarse como tiempo doble de campaña, creo que es hora ya de pensar en ir liando el petate, puesto que nadie tiene ya derecho á decir de mí:

«El malogrado imbécil fulano de tal...»

Y termino deseándole á usted buenas Pascuas, como á todos los que hemos pasado el año hechos la pascua (casi todos los españoles), y hasta

las del año próximo, si Dios en sus altos designios no dispone que venga á visitarme la señora de la guadaña, y ¡zás! me rebane el conducto de la respiración.

Suyo : fmo. amigo

NAKENS

CHARLEMO

Querido amigo *Fray Gerundio*: No reproduco íntegro el artículo que me ha dedicado usted en *El Diluvio*. Abusa usted de los adjetivos enco miásticos. Hay uno, sobre todo, que me molesta siempre que me lo aplican: el de *austero*. ¡Sin veces que me he burlado yo de los que pasan por tales!... Siempre he creído que la palabra *austeridad* es, en la mayoría de los casos, sinónima de las de *impotencia*, ya cerebral, ya estomacal, ya visceral, ya sexual, cuando no careta para ocultar desenfrenos secretos.

Pero aun cuando fuese virtud la *austeridad*, no la usaría sino á *forciori*, ó sin darme cuenta de ello. Tomar casi por oficio lo que debe ser en todo caso cualidad desconocida para el que la posee, me parece soberanamente ridículo: por esto me sonrío cada vez que pienso en San Pablo predicando la castidad á las ochenta años. Hay en esto de la *austeridad* muchos imitadores del perro del hortelano: ni comen ni dejan comer.

Y una vez descartados ese y los demás adjetivos, voy á copiar algunos párrafos de su trabajo, rogándole que me perdone la mutilación.

Dice usted aludiendo á los dos artículos pesimistas que antes me había enviado:

«Lo que he escrito en estos artículos lo sostengo y ratifico, porque están escritos con el alma en los labios, como dijo el otro. Los vivos del republicanismo español consideran á *Nakens* como á un *fracasado* (se lo he oído decir mil veces) y le dejan en la estacada para que se arregle como pueda. La boca de *Nakens*, mejor dicho, su pluma, ha sido una pluma de verdades, y esto no crea amigos ni partidarios en ninguna parte.»

Pues amigo *Fray Gerundio*; hay que rendirse á la evidencia. Aunque á usted le moleste, tienen razón los que me creen un *fracasado*. Yo soy el primero que lo reconoce y el que antes lo ha dicho. En el número de EL MOTIN correspondiente al día 29 del mes de Septiembre de 1900 publiqué este artículo:

El tío de los fracasos

¿Que quién es ese caballero? Un servidor de los lectores de EL MOTIN, con quienes no va nada de lo

que yo diga en este artículo, como tampoco va contra los republicanos que obran seria y dignamente en todo.

Sí, yo soy ese caballero.

Me he pasado esta vida pecadora lanzando ideas que no han sido aceptadas; y cuando alguna ha parecido salvarse de esta regla, de tal manera la han interpretado los señores á cuya sabiduría se encomendó su ejecución, que más valiera no haberlo visto.

Enumeraré algunos de mis públicos fracasos.

Defendí la coalición, y al verla agonizante, me agarré á la unión; y al convencerme de que ésta sucumbía, propagué la fusión; tres intenciones distintas y un sólo fracaso verdadero.

He excitado á los jefes á unirse, y no diré que hayan andado á bofetadas precisamente, pero sí que Figueras murió sin haber vuelto á saludar á Pi; Salmerón no quiso siquiera asistir al entierro de Ruiz Zorrilla; Castelar finiquitó renegando de Pi y de Salmerón; y estos dos señores ni pueden verse hoy ni quieren entenderse. Me parece que por aquí también he fracasado.

Vengo combatiendo los banquetes del 11 de Febrero desde hace tres lustros; pero yo á combatir y mis correligionarios á comer, el derrotado he sido yo, pues los banquetes continúan, y eso que á los postres de cada uno se afirma solemnemente que aquél será el último; en la oposición, se entiende. No creo, pues, que deba apuntarme tampoco un triunfo por este lado.

He censurado duramente á los demócratas que se acogen á sagrado, y veo á los republicanos más religiosos cada día, más beatos, horrorizándose en público al sólo nombre de EL MOTIN. Tampoco me apunto un tanto en esta partida.

He procurado, en vista de que los encargados de dirigirnos permanecían tan tranquilos y contentos en Capua, sembrar en las huestes republicanas la semilla de la indisciplina, y nunca lo hubiera hecho, pues se han vuelto contra mí los mismos en cuyo favor lo hacía, combatiendo al periódico con más ardor que los mismos curas. Tampoco me parece que éste ha sido un triunfo para mí.

Sabiendo que en cuanto se necesitaban cien pesetas para cualquier asunto andaba todo Cristo de cabeza, en 17 de Julio de 1892 propuse que contribuyéramos los republicanos con una cantidad semanal para un fondo común. De haberse llevado á la práctica la idea, hoy tendríamos treinta millones de pesetas próximamente; rebájense las tres cuartas partes, y siempre nos quedarían treinta millones de reales. ¡Y con esa

cantidad!... Me apuntaré un nuevo fracaso.

Y ahora van cuatro fracasos en uno, por haber sido cuatro las veces que he propuesto reunirnos en cualquier punto céntrico de España, cada cual en representación de su propia persona, sin exclusión de matices ni precedencias, para conocernos, cambiar impresiones, charlar, discutir, disputar, insultarnos, hasta pegarnos. La idea, á falta de otras mejores, no era maleja; por lo menos serviría para demostrar que no estábamos tan difuntos como el país supone. Y aún poniéndonos en lo peor, salir á garrotazos, esto hubiera servido para desmentir á los que nos creen ya incapaces hasta para darlos. Pero no ha habido caso, porque tampoco la proposición fué acogida. Nuevo fracaso.

Más tarde apunté la idea de una reunión de periodistas para imponernos á los que vienen monopolizándolo todo en el partido; algunos compañeros se adhirieron, mas fueron tan pocos, que no me atreví á fijar fecha para la reunión. Fracaso nuevo.

El último, el de los sellos, está tan reciente, que no es preciso hablar de él.

Y dejo para ocasión oportuna, acaso cercana, el relato de los tres más gordos.

A cualquiera otro se le habrían quitado por completo las ganas de meterse en más libros de caballería; á mí, por el contrario, me han hecho los fracasos entrar en deseos de tomar un desquite ruidoso, grande, colosal...

Sí, yo necesito un triunfo que admire al país, confunda á los envidiosos, anonade á los que me suponen un *D. Perpétuo Equivocado*; triunfo que me compense de mis fracasos, que los sepulse, que los apisione...

Y creo que alcanzaré ese triunfo con estas

Dos ideas

La primera que á mi cerebro acudió, fué la de proponer la celebración de un gran banquete en día determinado, que eclipsara, si no por su magnificencia, por el número de comensales, al que acaban de dar en París á los alcaldes de Francia. ¿Con qué pretexto? Con cualquiera; este sería un detalle insignificante. Si no se nos ocurriese otro, el de la venida del Espíritu Santo á la Tierra hace por ahora veinte siglos...

Acogí alborozado la idea. ¿Cuál mejor para que convergiesen hacia mí las voluntades de todos mis queridos correligionarios? ¡Banquetear! ¿Hay verbo más grato á oídos republicanos?

Saludarse ante unas rajadas de salchichón; cambiar impresiones ante

una sopa humeante; sentir ardores bélicos al cortar el ensangrentado bistek; derrochar toneladas de valor al trinchar un hijo de gallina; y al empuñar la copa del Champagne, si lo hubiere, ó en su defecto la del terrible peleón, anunciar, como de costumbre, la inevitable y segura caída de la monarquía en plazo breve, brevísimo, la semana próxima tal vez, ¿puede haber más grande para un republicano al uso?

Todo esto me dije, y ya iba á proponer lo del banquete, cuando súbito brotó en mi supradicho cerebro otra idea que no le iba en zaga á la primera, dadas las aficiones que distinguen hoy á los que comulgamos en democracia y República; y fué, la de abrir una suscripción para vaciar una placa del Sagrado Corazón de Jesús, más artística que la de los jesuitas, introduciendo en ella una importantísima innovación en consonancia con lo que pensamos y sentimos, para que diese á la vez idea perfecta de nuestras inquebrantables aspiraciones; innovación que consistiría sencillamente en colocar un gorro frigio sobre la sagrada viscera.

¿Qué tal la idea? Me parece que para reunir dinero, no podía haberse ocurrido ninguna mejor.

Con seguridad que la placa obtendrá entre los republicanos una venta fabulosa; la mayoría, por el bien parecer, dirá que la adquiere por lo del gorro; pero nos haremos los distraídos y aparentaremos creerlo. ¿A qué ahondar en las intenciones? El caso es que se venda; y que se venderá es indudable, sobre todo anunciando, como aquí lo hago, que no ne destinará su importe á comprar fusiles y municiones como los levantiscos quisieran, sino á edificar un convento bajo la advocación de San Cornelio, patrón en lo político de los pacientes republicanos españoles.

Había pensado lanzar en este número la idea del banquete, y en el próximo la de la placa; ¿mas para qué este intervalo? Andamos hace tiempo tan ayunos de alegrías, que no nos vendrá mal recibir dos de una vez. Esto aparte de que la una completa á la otra.

¿De qué se compone el hombre, aun siendo republicano? De cuerpo y de alma. Pues el banquete fortalecerá al primero, y la placa confortará la segunda. Y una vez ella confortada y él fortalecido ¿quién resistirá nuestro empuje al echarnos á la calle para traer la República, llevando colocada la placa sobre el corazón y el tenedor empuñado valerosamente en la diestra?

Y como la predicación vale poco sin el ejemplo, á lo práctico, pues.

Cuota mía para el banquete. 7'50
Suscripción para la placa... 25

Y así se piensa, así se escribe, y así se obra. ¡Y viva la República!

No habiendo mis correligionarios aceptado tampoco ninguna de esas dos ideas, añadí esos dos nuevos fracasos á la lista de los anteriores.

Como uní más tarde el de aquella unión tan celebrada del 25 de Marzo de 1903 en el teatro Lírico, y que por un momento pareció indestructible, fecunda y decisiva.

Y como agregué aquel otro de citar en casa del entonces todavía republicano Pérez Galdós á los jefes, para ver si se entendían.

Y como añadí el del proyecto de que las provincias se organizaran autónomamente, nombrando cada una un representante que, unido en Asamblea á los de todas, marcaran el funcionamiento al partido y nombrasen de su seno un Directorio con amplias facultades para determinar la acción.

Estos, sin contar otros muchos de menor cuantía, son los fracasos que he sufrido; y no quiero hablar de varios que debo mantener secretos.

Por lo tanto, amigo *Fray Gerundio*, no se tome usted la molestia de desmentir á nadie que me tache de fracasado. Ninguno sufrió tantos fracasos en el partido republicano como yo.

OTRO PUNTO

Dice *Fray Gerundio* á los lectores de *El Dituvio* refiriéndose á mi artículo del número 10 del corriente:

«En este artículo quedan de cuerpo presente todos los falsos republicanos y otros que alardean de algo más, y de un modo especial los de la Escuela Moderna y Portet, á los que dirige Nakens un golpe de esos que dejan hechos polvo para siempre á una institución y á un hombre. Es preciso leer este artículo para sacarle toda la envidia que tiene; no tiene respuesta ni vuelta de hoja.»

Creo, amigo *Fray Gerundio*, que exagera usted un poco al juzgar mi artículo *Los equivocados*. El efecto que producir pueda, si alguno produce, debe atribuirse exclusivamente al cuadro que en él pinto, no al haber puesto yo éste ó aquél color en la paleta. Si en vez de á mí, le ocurre el caso á otro cualquiera, entonces sí que hubiera dicho yo algo digno de leerse. Siendo juez y parte, debí emplear tonos suaves. Esto en cuanto á Portet.

En cuanto á los falsos republicanos, exagera usted también un poco. No quedará ni uno sólo de cuerpo presente; ni cataléptico siquiera; ni aun desmayado. Seguirán denodadamente redimiendo al Pueblo de palabra y redimiéndose á sí mismos de obra.

Y no serían malos tontos si hicieran otra cosa, mientras haya cándidos que los escuchen, los aplaudan, los sigan y los apoyen.

HABL N DOS CADAVERES

En una tumba, improvisada en el campo de batalla, se encuentran los cadáveres de dos soldados, uno francés y otro alemán, y con ese lenguaje universal que se habla en la otra vida y que ojalá tardemos mucho en aprenderle, entablan el siguiente diálogo:

—¿Estamos solos?—pregunta el francés.

—Completamente solos—responde el alemán.

—¿No hay ningún jefe, ni tuyo ni mío, por aquí cerca?

—Nadie. Siendo dos enemigos irreconciliables, hemos obtenido la suerte que para sí quisieran dos enamorados suicidas: ¡que nos entierren juntos!

—Y suicidas no me negarás que lo fuimos.

—Y me parece que desde ahora vamos, también, á ser dos buenos amigos.

—Por eso te preguntaba si había algún jefe con nosotros; porque no habiéndolo no creo yo que debamos seguir peleando.

—Claro que no. ¡Cómo que si no los hay allá arriba, es muy posible que al vernos frente á frente ambos ejércitos beligerantes, hubiésemos tirado las armas antes de hacer todas las bestialidades que hemos hecho.

—Pues, ¡poquitas veces que se me ocurrió á mí eso...

—¿De modo que tú crees que los jefes?...

—A los pobres les ocurre lo que á nosotros; nos llevan el combate porque tienen á su vez otras fuerzas superiores que se le ordenan.

—¿De modo que esas fuerzas superiores?...

—Emanan á su vez de otra fuerza suprema.

—¿Luego esa fuerza suprema?...

—Dice que es mandato de Dios.

—Eso nos han dicho á nosotros.

—Y á nosotros.

—Por algo aseguran los sacerdotes que Dios está en todas partes.

—Pero juega con dos barajas, porque se deja vencer unas veces y otras triunfa de sí mismo.

—Eso es jugar á los bolos con los míseros mortales.

—¡Y tan bolos como somos!...

—Y, ¿quién ganará la partida?

—Los jugadores. ¿Has visto tú que la ganen nunca los bolos?

—Claro que no; los bolos se quedan tripa arriba tirados en la bole-

ra; si alguno se ha roto le echan á la lumbre y le sustituyen por otro.

—Y mientras, los jugadores se van á tomar el alboroque.

—De modo que Dios...

—Dios es el pretexto de todo. Ya sabes que los mejores partidos de bolos se juegan en los pueblos mientras la hora de misa.

—Tú y yo somos dos bolos rotos.

—Mejor; así han dejado ya de darnos golpes.

—Fíjate qué ruido se traen por arriba.

—Deben estar echando «la buena».

—Yo, si lo siento, es por mi familia, que me estará echando de menos.

—Ya al verte salir del pueblo con el fusil al hombro debió suponer que no venías á una boda.

—Claro que no; ¡así lloraban los pobrecitos!

—¿Lloraban? Pues mira, si cuando en vida te pedían pan, en vez de salir á buscarlo, te hubieses echado á llorar y les hubieses dejado morir de hambre, se ahorran ahora ese disgusto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si las familias de todos los combatientes, en vez de quedarse en casa llorando, se hubieran echado á la calle á impedir la guerra, es muy posible que tú y yo no estuviéramos en este momento echando un párrafo en una tumba.

—¿Tú no tienes familia?

—La tenía; pero cuando se rompió el fuego por primera vez y ví que ni nuestros padres, ni nuestras madres, ni nuestras mujeres, ni nuestros hijos venían á quitarnos el fusil de las manos, me convencí de que eso de la familia corre parejas con lo de la cultura, y decidí hacer con sus cartas plañideras, llenas de borrones formados por lágrimas, lo que hicisteis vosotros, por los rincones de la célebre Biblioteca de Lovaina, con las satinadas hojas, de sus volúmenes científicos, llenos de escollos y de apostillas.

—¿Te parece que puesto que ya hemos dejado la vida de la carne mortal para vivir la de los espíritus, vayamos en calidad de tales á hacerles una visita?

—¡No, amigo mío, que la resignación de los vivos tiene sorpresas muy desagradables para los muertos!...

—Tantísimas viudas jóvenes y guapas como habrán quedado...

—¡Y con traje de luto que tan bien les sienta á las mujeres!...

—¡Y con las ojeras del llanto reciente, que las hace tan interesantes!...

—¡Tendrán que ver las viudas de la guerra!

—Anda, que luego vendrá la guerra de las viudas.

—Y de las solteras.
—Ya comprenderán lo mal que han hecho en no venir á las trincheras á quitarnos los fusiles á solteros y casados.
—Dios castiga sin palo ni piedra.
—Por cierto que ahora que hablas de los castigos de Dios, caigo en la cuenta de que llevamos muertos más de una semana, y esta es la hora que no sabemos si vamos á ir al Cielo, al Purgatorio ó al Infierno.
—Al Cielo, hombre; ¡ni que decir tiene!
—Y, ¿cómo no han venido los ángeles por nosotros?
—Porque las comunicaciones aéreas con esto de los «taubes» y de los «zeppelines» andan tan mal como las marítimas con las minas flotantes y los buques corsarios.
—A ver si eso de la gloria eterna resulta también un mito como lo de la cultura humana y lo del amor de la familia.
—De todos modos, ¿te parece, amigo mío, que sólo con haber muerto no estamos ya en la gloria?
—Parece que remueven la tierra.
—¿No oyes las voces? Es que van á abrir un reducto.
—Y á ti, ¿qué te parece que hagamos?
—Yo creo que nosotros debemos seguir haciéndonos los muertos.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

Andando por Madrid

Treinta millones tirados á alcantarillas

¿Recuerdan ustedes cuando se inauguró la conducción de aguas á Madrid del río Lozoya?

Y al hacer esta pregunta me dirijo á los viejos.

¡Triste privilegio de la edad! ¡Recordar!

Yo recuerdo que en aquella época se habló mucho de que no había alcantarillas, que eran malas, que estaban inservibles...

Para acallar el clamoreo, la Dirección del Canal de Isabel II proyectó y se ejecutaron unos 60 kilómetros de alcantarillas en los que se gastaron seis ó siete millones de pesetas.

Calló el público, se puso en servicio la red y...

Ya recordarán todos los lectores de Madrid que hace más de 20 años están los periódicos hablando de la Ciudad de la Muerte, de que las alcantarillas no sirven, de que están sucias...

Y no es lo malo que se hable, es mucho peor que se huela.

¿Es que Madrid tiene malas condiciones para establecer un alcantarillado?

Basta recordar que hay muchas

trozos de alcantarillas del siglo XVII que se utilizan hoy con provecho.

No es que Madrid tiene malas condiciones, es que se hace mal.

Y no me saquen ustedes el cristo de las ECONOMIAS, porque tendré que exclamar con el tirano: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Sí; crímenes. Llamar ECONOMIAS á gastar el dinero del pueblo en obras que dentro de pocos años no van á servir y exigirán otro gasto mayor que si de una vez se hubieran hecho bien, es un crimen, puesto que el dinero se saca de los desdichados que son los más y son siempre los que pagan. Si les quitan los consumos, pagan el inquilinato, si les quitan todos los impuestos; en la ocupación del suelo, del que parten siempre los beneficios para el propietario (renta) los perjuicios para el inquilino ó usuario, aumento de alquileres, disminución de jornales, etcétera.

Y como tenemos el convencimiento de que quien paga es el que produce, hemos de clamar contra estos despilfarros.

Pase lo de las equivocaciones de Recoletos; pase hacer alcantarillas más estrechas, aguas abajo que aguas arriba; pase hacer una alcantarilla chica entre medias y paralela á dos grandes para *ayudarlas* (como la mosca ayudaba á la mula quitándole su peso del lomo), pase que al unir dos trozos de alcantarilla resulte la de aguas abajo más alta que la de aguas arriba, pase que se empleen alcantarillas tubulares visto el *buen resultado* de las hechas (p. e. las de las Cuatro Caminos)... pero lo que no puede pasar, lo que debía levantar hasta las piedras del suelo, más sensibles según vamos viendo que los mansos madrileños, es que teniendo la experiencia de que los 6 ó 7 millones gastados á mitad del siglo anterior no sirven, ahora haya que gastar 40 millones, con el anuncio de otro golpe de 60 millones cuando se acabe el de 40.

Y esto ocurrirá, porque en el alcantarillado que se construye NO SE TIENE EN CUENTA:

LA MAYOR PROFUNDIDAD QUE CADA DIA SE DA A LOS SOTANOS. Hay muchos en Madrid en calles con alcantarillas que se anegan porque no tienen desagüe.

NO TIENEN EN CUENTA LA POSIBILIDAD DE ESTABLECER ALGUNOS SERVICIOS por las alcantarillas, agua, gas, luz, neumáticos etcétera.

No se ha pensado que desde los Cuatro Caminos al río hay más de 120 metros de desnivel y con un caudal de aguas de 2.000 litros por segundo tomando promedios, podrá obtenerse una fuerza muy superior á la que se necesita para transpor-

tar los 200 toneladas de basuras sólidas.

Tampoco se tiene en cuenta la utilización de las aguas fecales para riegos, que es económico, y en cambio se piensa en la esterilización gastando otros 5 millones más.

Hasta aquí el manuscrito que recibimos, cuyos puntos de vista serían *interesantes* si en Madrid se *interesase* alguien por algo.

Consignado queda en EL MOTIN, cuya voz de alerta se perderá una vez más en el vacío que hacen consciente ó inconsciente los periódicos diarios que callan y los concejales republicanos que hablan... de todo lo que representa intereses particulares y no se ocupan de los grandes problemas municipales.

JUAN PÉREZ

LA INQUISICION RESUCITA

Levántate, Dios, á juzgar tu causa.

(Lema de la Inquisición.)

Después de haber pasado una temporada estudiando cárceles, hospicios, asilos, hospitales y callejuelas, he resuelto dedicarme á estudiar las oficinas públicas, y he comenzado por los establecimientos de la Justicia.

Deben ser seguramente muy justos. Todo en ellos debe responder á su título y objeto.

Pues, á partir de este principio, he visitado algunos Juzgados Municipales. ¡Qué edificios, santo Dios! De alquiler, generalmente fúnebres de escalera, de pasillos más fúnebres. y con unas antesalas en donde el gran pueblo español, los hijos del Cid, de Pelayo y San Fernando, bullen como hormigas... mejor diríase como escarabajos, entre el humazo del tabaco, el polvo del suelo, la mugre de paredes y bancos, los baños de sudores pestilentes y de toses catarrales ó tísicas.

Esta es la Sede de la Justicia municipal,

El gran pueblo español que fué capaz de conquistar dos mundos, no es capaz de barrer estas salas, pasillos y escaleras. El pueblo que le vantó catedrales asombrosas, coloca la Justicia en estos tugurios.

¡Desgraciada Justicia!... Cuán pobre eres...

Si tienes cuerpo, y cuerpo de mujer además, ¿qué tendrás dentro de él?... ¡Cómo podrás vivir sana y limpia en tal vivienda lúgubre, pestilencial y amortecedora de toda belleza!...

Voy á los Juzgados de Instrucción. ¡Qué pasillos para pasos de pasión! El gran Pueblo Español espera en ellos.

Por todo asiento unos bancos, que serían afrenta de la villa y corte si estuvieran en los paseos públicos. Para banquillos de acusados, serían hasta indignos. Para banquillo de garrote, podrían pasar...

Así quedemos, lector, en que todo demandante ó demandado, antes de ver la cara de la Justicia, ha de pasar por el banquillo.

De los concurrentes, el uno tose, el otro escupe, el otro patatea con ansias de retrete, el otro bosteza de cansancio, el otro busca en el tabaco el narcótico para anestesiar el olfato y el pulmón...

Señores diputados, los que sois partidarios de las escuelas al aire libre y de las colonias escolares: ¿no podríais pedir los Juzgados al aire libre? La Justicia aireada y oxigenada por el sol, ¡qué hermosa estaría!

A la Audiencia.

No hay monjas Salesas ya, pero allí están las paredes que las vieron.

—Allí está Nakens—dice un ciudadano de la clase de alumnos de estas aulas.

—¿Don José?... Viene acompañado de Menéndez Pallarés.

—Qué le traerá por ahí?...

—¡Friolera!... Un proceso por injurias á un venerable funcionario de la Santa Iglesia...

—¿Sí, eh?... Pues yo venía á enterarme de cuándo veremos por acá á los del *gato de Huesca*, á los de Ciempozuelos, á los de la asilada Teresa Martín... Nadie me da noticia de ellos...

—Por allí vienen Ferrándiz y Albornoz...

—Muy bien. Vendrán á la vista de la causa de Nakens...

—¿Cómo—dice Ferrándiz.—¿Nakens tiene vista? Pues aquí traemos nosotros á un redactor de *El Radical* procesado... Soy testigo de Vista ó de la Vista...

—¡Otro procesado!... Será por aquello de los líos habidos en los expedientes de la Rota... ¿Se ha seguido proceso?...

—¡Qué barbaridad!... ¿Está usted en Babia ó en España? Viene procesado por querrela de un fraile del Corazón de María...

—¡O... lá... lá... Eso pica en historia... Procesados EL MOTIN y *El Radical*... ¡Vaya, señores!... Dedíquense ustedes á escribir *Pandangos* y *Saetas*...

—Allá va Blanco Soria...

—Otro que tal. ¿También usted por acá?

—Sí; *España Nueva* publicó unos artículos... EL MOTIN copió uno de ellos á instancia de nuestro director... Nuestro diario ha sido dejado libre, pero EL MOTIN es perseguido... Vengo á ver...

—...*El Radical*... *España Nueva*... EL MOTIN... ¡Timidad de impíos!

—Allá está Pey Ordeix...

—Ese faltaba... ¿Qué trae usted por acá?...

—Yo no traigo; ¡me traen...

—Cuenta usted...

—Déjenme reparar la memoria...

Un proceso en la escribanía tal, creo que «por escarnios contra el dogma católico». Libertad provisional... Exhorto de un Juzgado de Valencia. Auto de prisión... Bien; esos dos han caído en la amnistía... Escribanía cual... Pleito del Fiscal contra mi matrimonio en grado de apelación...

—Sí que está usted divertido...

Un alemán toma notas.

—Digan ustedes—pregunta.—¿Es que ha sido repuesta la Inquisición?

—¿Inquisición dice usted? ¿No recuerda las declaraciones de Azcárate sobre la liberalización de la Monarquía?

El alemán se rasca la cabeza, medita y luego dice:

—Perdonen; debo haberme equivocado. Creía estar en la Audiencia y me he metido en la Vicaría...

—No, señor germano: está usted en la Audiencia.

—¡...! No lo entiendo... Procesos de autoridad eclesiástica... de frailes... de dogmas... de culto... y contra el matrimonio civil... Pues, ¿de qué, si no de eso se ocupaba la Inquisición?

Y á coro, Nakens, Blanco Soria, Ferrándiz, Pallarés, Albornoz, Pey Ordeix y sus acompañantes, entonan el himno Nacional:

La Virgen María

es nuestra protectora...

Y ¡viva la monarquía liberal española!...

R. MAYOL

Flores de la política y la administración

A LOS PROPIETARIOS DE MADRID.—Cuando deseen comprar ó vender terrenos enclavados en el ensanche, diríjanse ustedes á un señor Piqueras que es un prodigio de Administración. Con un sueldo de cuatro mil ó cinco mil pesetas (es lo mismo) se está construyendo dos ó tres fincas buenas.

Y si necesitan planos no vayan á ningún arquitecto; hay otro Sr. Otero, también empleado municipal, que los fabrica á bajo precio. Estando usados los da de saldo.

¿Se podría saber quién firma los planos que hace este señor? Y que son muchos, porque propietario que pasa por su oficina, planos que pesca.

Los arquitectos municipales tienen la palabra.

En el Brasil 8.000 españoles pedían á la madre patria auxilio y protección; en la Argentina 15.000 familias españolas piden la repatriación

mientras los representantes del país, retornan á sus hogares con billetes de ferrocarril gratis á celebrar la Nochebuena.

¿No pensarán ni una sola vez en esos desdichados que allí son esclavizados y mueren de hambre?

¿Para que se dan á la Compañía trasatlántica los 10 millones de subvención anual?

Para sostener círculos y fundaciones católicas. Aquellos emigrantes son unos herejes que no merecen ser repatriados... ni como mercancía en la cala del buque...

PARA EL MINISTRO DE FOMENTO.—Este número sale el día de Noche Buena y no estaría de más que concediese un permiso á todos los ingenieros del Ministerio que cobran por prestar servicio en provincias, para que fuesen á pasar unos días con sus subalternos, ya que se pasean todo el año por Madrid sin visitar los sitios de su destino.

AL SEÑOR ALCALDE.—¿Ha pasado usted por la calle del Clavel?

¿Ha visto una casa con unos grandes miradores que llegan hasta las medianerías y que van á tapar media calle?

¿No habíamos quedado en que para la Gran Vía estaban reglamentado ESOS VUELOS EXCESIVOS?

¿Por qué se consiente?

¿Puede enterarse V. E. si da la casualidad de que el Director de la obra es un Arquitecto Municipal?

¿Hasta cuando va á tolerar el Ayuntamiento que los Arquitectos municipales hagan los proyectos como particulares, informen como Municipales, dirijan las obras por cuenta de los propietarios y las inspeccionen por cuenta del Municipio?

Voy á buscar en el diccionario una palabra que defina esta acción y la diré. ¡Ah! Sin hacer caso de la tontería que argumentan al decir que no dirigen obras en su sección, porque con ponerse dos de acuerdo y dirigir uno las del otro... total pata.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,
Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA
CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"
POR

José Nakens

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

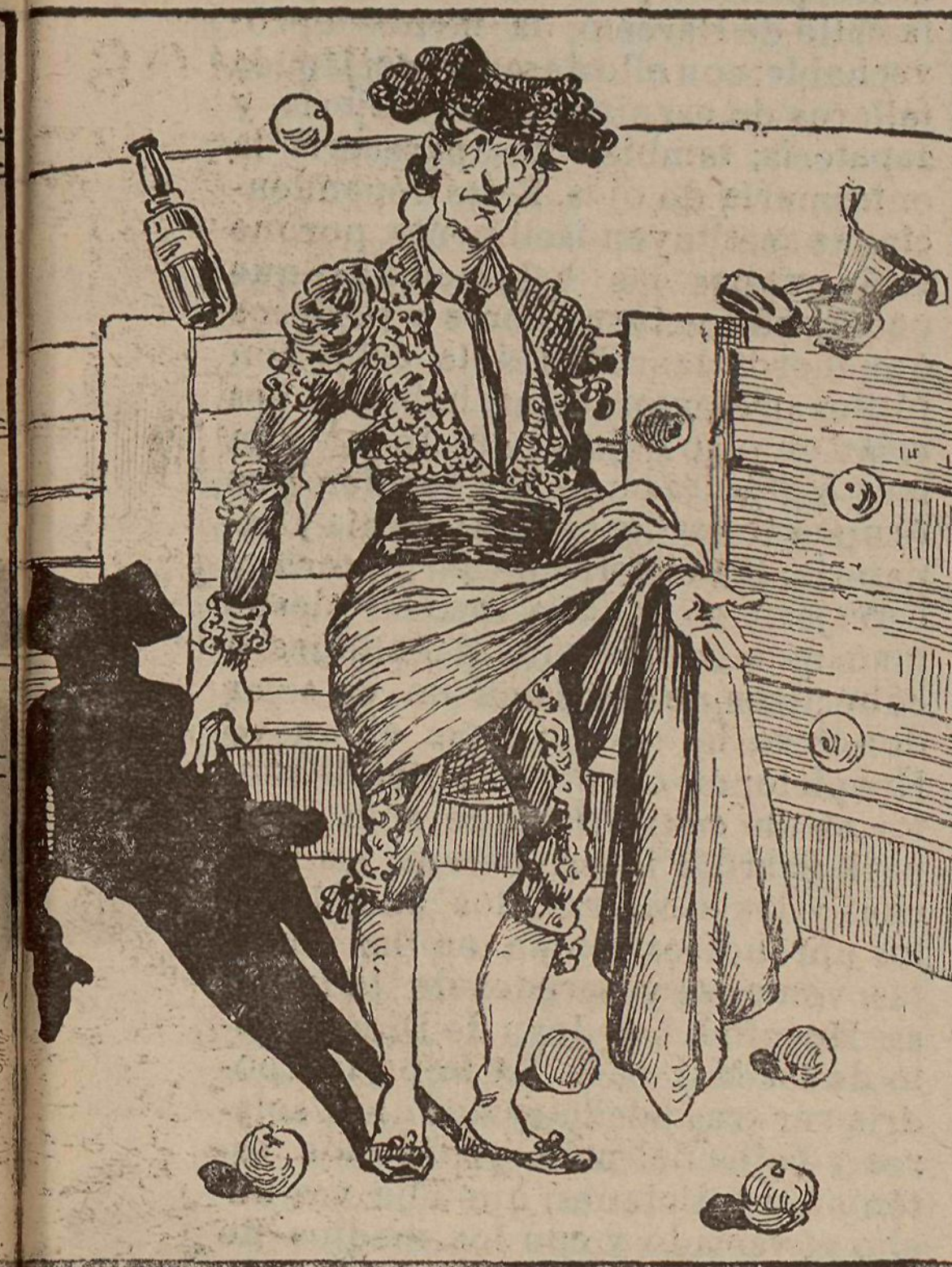
EL MOTIN



La primera capa.



La capa que es... capa



Vivir de la capa.



La capa que todo lo tapa.



Una capa que paga.



Una capa que cobra.



Aguantando la capa.



De capa caída.

LASAPAS

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior.	7418'75
Remigio Guimon (Eibar) . . .	5'00
Vicente Segarra (Vall de Uxó)	1'00
Baudilio Balart, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Juan Fusté, 1'00.—Joaquín Armisen, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Raimundo Ruflandes, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—Carlos Barraceta, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—José Coma, 1'00.—Armisto, 0'50.—A. B., 0'50.—José Font, 0'50.—Antonio Resena, 0'50.—Juan Camell, 0'50.—Magín Prunera, 0'50.—José Bonet, 0'25.—Angel Mira, 0'25 (Tos de Barcelona)	13'00
Manuel Serrano (Cazalla) . .	1'60

Suma y sigue. 7439'35

El Hospicio y... y las comunidades religiosas

Desde hace algún tiempo, con relativa frecuencia se lee en la Prensa la necesidad de trasladar los acogidos del Hospicio de Madrid á un cuartel de Alcalá de Henares, ó á unos pabellones (cuartel también ó cosa parecida) de Aranjuez. No negamos la necesidad del traslado, pero sí la urgencia, ya que no se hizo el traslado hace años, cuando desapareció de aquella barriada el *Saladero*.

Extraño, muy extraño es que ahora, cuando el nuevo Hospicio estará terminado dentro de un par de años, sea cuando se piense llevarlo fuera de Madrid. Este acuerdo costará al erario provincial 500.000 pesetas, como no cueste más. Pues no es fácil que los pabellones ó cuartel donde se trata de llevar á los niños asilados, esté en condiciones higiénicas y menos pedagógicas para recibirlos sin hacer antes algunas reformas y transformaciones; esto, unido á los gastos de traslado, especialmente el material de escuelas, viejo y malo, al ser arancado seguramente necesitará reparaciones costosas; lo mismo sucederá con el material de los talleres, de la imprenta, etcétera, etc.; quizá, y sin quizá pase de la suma antes dicha.

En este asunto de la urgencia del traslado del Hospicio hay una incógnita que hasta ahora no ven los diputados liberales; ¿liberales dige? pues bien: ni los liberales, ni los demócratas y republicanos ven lo que detrás del traslado existe; por eso inconscientemente van á contribuir

á que el Hospicio esté regido, mejor dicho, explotado por una comunidad religiosa; las instituciones benéficas son fincas muy productivas.

Pero vamos á demostrar lo dicho. Hace ya unos veinticinco años que un diputado provincial pidió en una sesión que de la educación de los asilados se encargase cierta comunidad; ¡qué sarcasmo! á cualquier cosa se llama educación. Aquella voz no se extinguió, quedó flotando en el palacio provincial. Hoy son los representantes de la mal llamada Defensa Social los que trabajan para que sea un hecho lo que parecía una quimera, lo que se creía un absurdo hace un cuarto de siglo. Verdad es que desde entonces las cosas, los hombres y sobre todo los liberales han venido tan á menos, que pronto se realizará el deseo de esos *Flaminios* y se posesionarán del Hospicio; y ya se sabe: las comunidades religiosas acapararán todo lo que se presupueste para beneficencia, ya sea el Estado, la Provincia ó el Municipio. ¡Donde haya una peseta y un niño, allí está el fraile! ¡Pobrecitos acogidos! Es lo único que les falta.

Para justificar el traslado se invocan, entre otras razones, la necesidad del derribo de Hospicio, para embellecer aquella parte de Madrid; otro argumento de fuerza es la salud de los niños y por último el problema obrero. Veamos ahora la razón de estos argumentos: el derribo es quizá el más preciso, y no obstante el Hospicio estorba menos que otros muchos edificios públicos; la salud de los niños, es mejor que la del resto de Madrid; en cambio Aranjuez es el pueblo menos sano de la provincia y de media España; el problema obrero es un tópico y merece párrafo aparte.

El problema obrero es tan complejo, que nada resuelve que en el derribo del viejo Hospicio hallen ocupación una brigada de albañiles compuesta de 6 ó 7 cuadrillas; total 30 obreros. ¿Qué significa esto en un problema en que ni la Gran Vía, ni las obras de saneamiento del subsuelo, ni las grandes reformas del Estado y del Ayuntamiento lo solucionan?

En fin, si la Diputación quiere contribuir á la solución del problema obrero, comience las obras del nuevo Hospicio; emplee la cantidad que gastará en el traslado en hacer un pabellón, una parte del todo; además puede derribar al mismo tiempo, pero parcialmente, parte del viejo caserón de la calle de Fuencarral.

Es compatible una cosa y otra. No creo haya ningún inconveniente en continuar la calle de Barceló hasta la de la Florida, si el Ayuntamiento tiene empeño en hacer esta mejora,

como ya lo hizo con la alineación de la calle de la Florida.

Para esto bastaría con expropiar al Hospicio la parte necesaria para la calle de Barceló, la menos aprovechable; con ello desaparecerían los talleres de carpintería, cerrajería y zapatería; también desaparecería la enfermería de ojos. Estas dependencias se sustituyen fácilmente, porque están vacías las habitaciones que ocuparon los inspectores y porteros que fueron lanzados á la calle con fútiles pretextos: estas habitaciones están en piso bajo y principal, y son más higiénicas que los locales que ocupan los talleres de sastrería y zapatería; los talleres de carpintería y cerrajería se pueden instalar desde mañana mismo en los paballones ó cobertizos que existen en el solar donde se ha de levantar el nuevo Hospicio; en cuanto al taller de pintor es un *cuartucho* que sólo sirve para guardar los cacharros, las brochas y las escaleras; los oficiales y los aprendices pintan en las puertas, ventanas y paredes de la Inclusa, Hospital, San Juan de Dios ó Asilo de las Mercedes. La imprenta podría ser trasladada cuando los solares y bajos del primer pabellón estén en condiciones; que una vez hecho el vaciado y con los medios de construcción, puede ser dentro de seis ú ocho meses.

Hay más; y es que la Diputación puede enagenar varios solares; desde la calle de la Beneficencia frente á la capilla Protestante, todo el frente de la de la Florida y parte de la de Barceló; éstas parcelas son grandes espacios libres donde esté el frontón, el patio del Bañeario y otro gran espacio, dedicado por las Hermanas al cultivo de la gallinicultura. Con el producto de estos terrenos se puede acometer la construcción de pabellones parciales del Nuevo Hospicio, sin desatender los servicios del viejo, pues tiene capacidad para contener la población que hoy contiene. Ya sé que dirán que no, pero es porque se desconoce la organización. Cualquiera lector de EL MOTIN que desee darse cuenta de lo que voy diciendo, puede colocarse en la acera del Tribunal de Cuentas y verá un principal amplio, regio, que se extiende por toda la churrigueresca fachada del Hospicio con vuelta todavía más amplia por la calle de la Beneficencia. Pues bien; en esas habitaciones están instaladas las hermanitas, las pobrellas Hermanas de la *comodidad*.

Todo esto no se hace, porque es más cómodo desacreditar la dirección, los profesores y los celadores, para luego decir que *eso* no tiene remedio, que sólo los frailes lo arreglarán. Esto es lo que hoy ocurre.

En los veinticinco años que han transcurrido desde que á la Dipu-

tación le inocularon la idea de la Comunidad, ha gastado ó malgastado cinco directores; aún viven todos (y por muchos años). A todos se les ha desautorizado, se ha relajado la disciplina, se ha quitado autoridad á los maestros y se ha anulado la inspección; deshaciendo con todo eso la labor del profesorado. Ahora al recrearse en su obra la Diputación, pretende llevar el Hospicio á Aranjuez y reorganizarlo á base de Comunidad religiosa.

Ya lo sabe el personal hoy empleado en el Hospicio; ya lo saben los Diputados que inconscientemente favorecen á las pobrecitas comunidades de *Flaminios*. El tiempo se encargará de darnos la razón. Las madres de los acogidos no deben desde hoy estar tranquilos.

ANGEL DE LA GUARDA

La familia sagrada

El bendito hogar parece que se va trocando en un enjambre de perros, gatos, ratones, conejos, lobos y corderos. Este es masón, el otro materialista sin fe en nada, aquél jesuita de hábito corto, y la mujer católica, y el estudiante krausista, y el obrero anarquista. Ya no nos entendemos.

Cada uno opina como le da la gana. ¡Qué tiberios, qué burlas, qué pullas, y á veces qué bofetadas más soberbias entre los hermanos! ¡Pues no digo nada en política! Este moderado, aquel republicano signalamático, conmutativo, bilateral; uno blanco, otro rojo, azul, verde, morado... todo un arco iris en cada casa, iluminando los cuadros fraternales en que cada cual echa los bofes por hacer la guerra á su hermano.

Esto es una delicia, salpicada de raros episodios, como, por ejemplo, la primera comunión de la niña menor, que acarrea á casa para tomar chocolate al padre fray Antonio Camándulas, que en visita pondera los progresos de la ciencia y del siglo, y dice con mucha formalidad que la Iglesia es la primera interesada en el adelanto humano.

¡Qué atinadas observaciones, melosas, y fluidas de fray Camándulas al rudo ataque del librepensador! ¡Qué guiños de aprobación de la madre beata! ¡Qué sonrisita la del pícaro estudiante, que se calla como un muerto y se buca de todos!

Lo más admirable es la sinceridad de todos, que piadosamente se odian, y se burlan unos de otros. Todos se engañan.

Dejemos esta escena y vamos á otra.

Aun caliente el cuerpo del difunto, ya se le amortaja. Se reúne la fami-

lia; sólo se piensa en el testamento. ¡Qué desengaños! ¡Qué descontentos! ¡Qué rugidos de esperanzas no satisfechas! Se inician los pleitos, empieza la guerra de maquinaciones; se desarrollan los desprecios, cuando no las riñas ó los insultos. Apenas el cadáver ha ido al cementerio, ya sabe toda la ciudad el resultado del testamento y ha habido en la casa mortuoria diez riñas de familia en los pasillos. Es gracioso refirir en el comedor, y luego ir juntos al duelo lloriqueando. ¡Farsantes! ¡Hipócritas! ¿Y á eso llamáis familia inviolable y sagrada? Pues esto se ve todos los días.

Penetremos más; metámonos debajo de la cama del matrimonio á oír lo que pasa.

Muchas, muchas mujeres son injustas con sus maridos por ignorancia, y muchos, muchos esposos lo son con sus mujeres por el mismo motivo. Si los hombres educamos mal á las mujeres, es racional que recojamos el fruto de nuestra impericia. Si no tenemos decisión ni energía para cortar de una vez arraigadas preocupaciones, natural es que el monstruo del error se nos enrosque al cuello y nos atosigue.

Miremos en torno nuestro; observemos; estudiemos, y veremos claro; veremos que el mal que parece aislado es casi general, que los vicios de la familias cunden y se extienden y alcanzan á todas á todas partes.

Fijémonos en el matrimonio.

El se queja de que la esposa le oprime, se entromete en sus opiniones y quiere imponerle las de su confesor; de que no le deja bautizar á los niños civilmente, y le llama hereje y mal nacido; de que le mata de hambre; de que le esconde los libros prohibidos por la Iglesia; de que no hay dinero para tabaco y sí para responsos; de que la educación de los hijos es distinta á la que manda el padre; de que nada basta para las atenciones de la casa, pozo sin fondo donde desaparecen todos los frutos del trabajo. Ella se queja de que él es un liberalote, porque habla mal de los frailes y quiere echarlos á escobazos; porque no va á las procesiones ni se confiesa.

Se acuestan los esposos, y á las dos horas empiezan nuevas discusiones.

Ella dice que no está satisfecha ni contenta, que no se ha casado para vivir mortificada, y que tiene derecho á pedir la felicidad á su marido. Este por su parte se encoje de hombros, replica que no puede hacer más, y que la felicidad no es de este mundo. Asediado por su mujer, pronuncia un discurso en calzoncillos mientras mata chinches en la pared con la palmatoria en la mano, y en alas de su entusiasmo filosofi-

co, enjareta un tratado de moral, economía y ciencias biológicas. La esposa, que no esté por teorías, sino por el buen salchichón que no tiene, se irrita y lanza sobre su marido duras recriminaciones. El, con más paciencia que un santo, suspende la matanza de chinches, y dice á la esposa airada:

—Pero, hija mía, hazte cargo de las circunstancias; la carestía de las subsistencias hace difícil la vida; la mala alimentación, y además poca, y adulterada; la habitación con chinches, aire mefítico, y todos hacinados, no son medios de acrecentar las ilusiones. Aquí se suda el quilo, y se echan las asaduras; mal ventilados, poco espacio. Mi taller de trabajo es pobre, sucio y lejano. Ando mucho, como poco, trabajo lo indecible. La vida intelectual, en los ratos que me quedan, me dejan también escurrido de caletre y no puedo mimarte tanto como desea mi corazón. No bebo vino, y si lo bebo es veneno que me reseca; mis comidas son irregulares. Cuando me falta el trabajo me nace una cana, y pierdo diez años de vida viendo á nuestros hijos padecer, y que en realidad pasamos hambre. Después sabes que tenemos sufrimientos morales, que no congeniamos en nada; que nos alcanza la miseria universal; ¿cómo ser felices en tales condiciones? ¿por qué te extrañan mis abatimientos? No puedo más. Todo este conjunto de cosas altera las condiciones químicas y fisiológicas de los gérmenes prolíficos, y contribuye á que emigre la dicha del tálamo de los esposos, á que aumenten los tormentos ocultos y huyan los placeres de los desheredados de la vida.

¿No sabes que nuestra cena es un guisado con mucho caldo y media libra de vaca para nueve de familia? Si, como decían los frailes, de la panza sale la danza, nosotros estamos condenados á no danzar. Es un error atribuir estos fenómenos á una sola causa, cuando es múltiple y compleja.

No fomentes las repulsiones, los alejamientos, la desconfianza, el disgusto, y no me metas más en cavilaciones, porque el remedio que buscas á tus males no vendrá por ese camino. Con insomnios, parásitos y hambre, no hubieran sentido Venus y Cupido los transportes del amor. Evítame los cansancios y no me des otros nuevos...

La esposa no entiende una palabra de este lenguaje. La falta de placer, las escaseces, el ruido infernal de los chiquillos, los males de cabeza y de muelas, debidos, según ella, á la falta de distracción y desahogo de todas clases, las enfermedades y apuros, y, por último, la pachorra del marido que no evita nada de esto, acaban por desesperar á la costi-

lla y se arma una marimorena de doscientos mil de á caballo.

Pasan dos días en calma; pero como ella es gorda, y él flaco; ella quiere baños, y él los aborrece; ella es sanguínea, y él nervioso; ella novelesca, y él pensador; ella apática, y él activo; ella caliente, y él frío; ella católica, y él masón; ella amiga de visitas, y él huraño; por el más leve motivo se arma la de San Quintín. ¡Y vuelta con la falta de felicidad! ¡Y vuelta con los discursos en calzoncillos!

Aliquando, aliquando Cupido rinde pacíficamente incienso y honores en los altares de Venus, y la diosa se retira satisfecha. Si miento, que sean francas las mujeres, y que hablen por mí los filósofos, los hombres de política y negocios, los pensadores, los degenerados por los vicios, los distraídos, los muy trabajadores, los fatigados, los enfermos, los viejos prematuros; los hambrientos, los abrumados de dolores morales, los que estudian. Que hable la humanidad y sea franca, y no se engañe á sí misma.

¡Y á esta guerra santa en paños honores llaman los obispos en Concilio lazo indisoluble!

UN OBRERO

La semana de guerra

Un germano-jesuitante, ó un jesuita germanófilo, (pues las crónicas no lo significan) anuncia una nueva batalla que Alemania va á librar á la humanidad. Se llamarán «la batalla del calendario».

El plan del Estado Mayor astronómico del Kaiser, es como sigue:

«La palabra del soberano es infalible ó indefectible. Si falló alguna vez es sólo en apariencia y por ilusión de los incrédulos que creen más en los vanos argumentos de su razón, que en la formidable palabra del soberano.

«Siendo lo dicho tan claro como dos y tres son cinco, se decreta lo siguiente:

«Resultando 1.º: que el ejército alemán, según proyecto de su Estado Mayor, ha de celebrar el 1.º de Septiembre del año 1914 en París, y ha de enarbolar la bandera de Germania en Calais el día 10 de Diciembre;

«Resultando 2.º: que los dietarios de pared y demás artefactos crológicos, se atreven á decir que han pasado aquellas fechas sin haberse realizado aquellos sucesos.

«Considerando, que la admisión de estos testimonios vendría á quebrantar la fe y confianza en la palabra alemana;

«Se decreta: que queda suprimido de la Historia de la Humanidad el capítulo que transcurre desde la vispera de aquellos anuncios, y se con-

tará como noche de aquella vispera, suspendiendo el movimiento calendáresco.

La ejecución de este Decreto, los calendarios de pared de todo el mundo y á su tenor la fechación de escritos y documentos, mientras perdura esta noche soberana, estarán fijos en el día 31 de Agosto. La contravención será considerada como *cassus belli*; el contraventor será fusilado y arrasado el local donde se cometiera el delito.

Dado en la Puerta de Capricornio, primer día Kalendas griegas.

El Doctor.

HEPAKTA VON ALMANAK

Milagros y brujerías

La intolerancia religiosa ha causado funestos males á nuestro país, y á ellos se debe nuestra decadencia. Lamentable ejemplo de degradación presentan las ideas y los hechos del final del siglo XVI y del siglo XVII, á todo el que imparcialmente examine y estudie la historia de aquella época, con especialidad, la española.

De tal manera se desarrollaron entonces el fanatismo, la superchería y superstición, que más parecía plaga general de la Humanidad, enviada por la Providencia para castigar su orgullo y vanidad, que obra de los hombres por el desvarío de las ideas religiosas.

Es un hecho constante en la Historia, por nadie hasta hoy negado, que durante el siglo XVI llegó España al más alto grado de esplendor, en ciencias, literatura y artes; y esto mismo presenta ya la razón de los sucesos del siglo XVII, ó sea de la declinación de España desde el altísimo punto en que se había colocado. Excitado el sentimiento religioso á fines del siglo XVI, y queriendo hacer de toda cuestión humana una cuestión religiosa para que fuese resuelta á gusto de los más instruidos en las ciencias religiosas, cayóse en el extremo de formar fanáticos y alucinados é hipócritas, que dejándose llevar de la idea naciente, se propusieron envenenar primeramente la Historia y después el corazón de las gentes menos instruidas.

Muchas fueron las supercherías sugeridas en el siglo XVI por hombres tenidos como de gran mérito en la historia eclesiástica; para cohonestar las falsedades introducidas en los siglos IX y XI; infinitos fueron también los excesos de piedad en aquella época, que aumentó el catálogo, harto largo, de los santos y de las reliquias, hasta el punto de que hoy mismo se dude por muchos si algo de lo que se venera, si algo de

lo que por digno pasa y por digno se halla en lugar preferente y elevado, es producto de maquinaciones, de las supersticiones y de las falsedades de aquellos *piadosos embaucadores* que no pecaban por cierto de ignorantes, sino de avisados en demasía.

El P. Román de la Higuera, Lúpián de Zapata, los plomos del monte Hipulitano, la beata de Lisboa, Magdalena de Córdoba, Pilotá, Miguel Molino, Carlos II el *Hechizado*, etcétera; he aquí nombres que abarcan la gran época de las *embusterías*, de los *milagros* y de las *brujerías* de España.

Brillaba la Compañía de Jesús con todo el esplendor de su grandeza; vivía aún el P. Mariana, y á su lado estaba, como su compañero de hábito, el P. Román de la Higuera, natural de Toledo y Catedrático que había sido de Filosofía de aquella Universidad, dedicado como aquél á las investigaciones históricas; y cuanto más descuidadas se encontraban las gentes, halláronse con unos manuscritos que el P. Román fingió, suponiendo ser de historiadores antiguos, tales como Máximo, Flavio Dextro, Luitprando y otros, que habían sido hallados en el monasterio de Fulda, en Alemania, como puestos allí de orden de Carlo Magno, á quien los regalara San Eterio de Osmá, por estar con él en buena armonía y amistosas relaciones, de resultas de le heregía Eli-pando.

Publicáronse esos escritos y fueron llamados *cronicones*, siendo atribuidos, entre otros, á Máximo, á Dextro y á un Juliano Pérez, arcipreste de Santa Justa de Toledo, á quienes el P. Higuera colgó el milagro; pero así que se publicaron los tales *cronicones* y se vió que el objeto era adquirir, el que los daba á luz, gloria, popularidad y dinero, dando á las principales ciudades de España, santos conocidos y personajes ilustres, y realzar sobre todo las glorias de Toledo, su patria, movióse gran polémica sobre su autenticidad, en la cual tomaron parte, refutándola, el P. Mariana, D. Juan Bautista Pérez obispo de Segorbe, Arias Montano, el obispo D. Prudencio Sandoval, el abad Montearagón, D. Martín Carrillo y otros no menos célebres varones del siglo XVII. Su polémica, sin embargo, había quedado sin resultados; tal era el ardor de los contendientes; más para salir de duda acudieron varios de Fulda, personalmente unos y por escrito otros, y entonces se descubrió el fraude, declarando los monjes que jamás habían existido allí tales códices, y averiguándose después que ó los fingió el P. Torralba, que era el que decía haberlos enviado al P. Higuera desde Fulda, ó que el P. Higuera

fingió á la vez su historia de la remisión por el P. Torralba.

El hecho es que los *cronicones* fueron creídos por la generalidad, halagada en sus opiniones religiosas. Contábanse en aquellos códices cosas fantásticas, apariciones de vírgenes de piedra en tierras de labor, algunas de las cuales aún se veneran en iglesias de pueblos rurales; el Padre Eterno espada en mano y con numerosa escolta de ángeles, persiguiendo al diablo, etc., etc., cosas fantásticas que, hiriendo la imaginación de los débiles y de los ignorantes, les tocaba en el bolsillo, que era el verdadero objeto de aquella publicación llena de sandeces y majaderías, y de este modo se venía á explotar en nombre del principio religioso la credulidad pública con cuentos de santos y de beatas, que sólo habían existido en la cabeza del fresco P. Higuera.

Después del P. Higuera se presentó en la arena para continuar la obra del siglo XVII, *Lupián de Zapata*, socarrón y vividor, que fingiendo otro *cronicón* á nombre del monje Auberto, fué auxiliado en esta tarea tan burda y tan guasona por los benedictinos *Soto y Cortés*.

Las ediciones de Historia de España del P. Mariana están llenas de intercalaciones basadas en los falsos *cronicones*. Con semejantes *embustes* se ha tratado de cohonestar las supercherías religiosas de nuevos santos y de nuevos milagros con que poder embaucar á las gentes con detrimento de sus bolsillos, cuyos *embustes* han llegado hasta nosotros, y todavía al presente se desea por muchos explotadores del catolicismo que los tengan por buenos y verdaderos, pretendiendo con estas tonteras hacer *tontos* á los demás, que no son frailes millonarios ó monjitas sencillas é inocentes fáciles de engañar.

LEÓN FERNANDEZ FERNANDEZ

Ilustración Militar.

LA CASTIDAD

En las regiones celestiales se observaba un movimiento inusitado.

Santos, ángeles y serafines corrían de acá para allá, ordenando aquí, removiendo por el otro lado: no se daban punto de reposo.

En un lado San Pascual Bailón, acompañado de doscientas vírgenes, de las once mil que fueron degolladas, según dice el Calendario, ensayaba una tarantela, tocada al piano por Santa Cecilia.

Era de ver y admirar aquel grupo de bellezas inconcebibles, de formas terrenas y avances y contornos provocativos, veladas por una gasa sutil y vaporosa que dejaba transparentar, al través de sus mallas finí-

simas, aquellos rosados senos, bañados en la luz diáfana de los cielos, á ninguna otra parecida.

El espacioso salón de la Gloria estaba de bote en bote.

La marmórea gradería rebosaba de espectadores.

A la derecha del excelso trono se hallaban colocadas las hembras, vírgenes y mártires; todas se habían prendido sus mejores galas.

Vestían túnicas de telas tan invisibles y diáfanas, que parecían tejidas con vahos de rosas cuando éstas abren sus cálices á la luz de las alboradas de primavera. Las facciones conservaban su forma terrenal, bien que todas ellas iluminadas con ese tinte simpático que tienen todos los sueños de color en las imaginaciones infantiles.

A la izquierda, y colocadas según las respectivas jerarquías de cada uno, estaban los santos varones, incluso los beatos, diáconos y subdiáconos, que habían traspasado los dinteles de la Gloria merced á sus méritos y servicios terrenales. Todos vestían muy bien, y en contraposición con sus compañeras celestiales, sus vestidos eran de colores apagados, mezcla indecisa de luz y sombra.

Aspirábase en todo el extenso salón una atmósfera embriagadora... Parecía como que se quemaban en los celestiales pebeteros incienso de ilusiones y mirra de miradas amorosas.

Sonaron los timbres eléctricos, y en todo el concurso celestial se levantó un ténué rumor parecido al que producen las brisas nocturnas en las concavidades de las umbrías del bosque.

Y el Santo Padre, envuelto en nubes increadas, mezcla de vapores de cariño y deliquios de bondad suprema, apareció en su trono...

Miríadas de mundos estrellados rodaban á sus pies, y sobre su cabeza invisible, porque todo El era pureza y claridad, inmensos espacios de luz formabanle un nimbo grandioso, más grandioso que la Eternidad y el Infinito, porque éstos tienen expresión en las palabras, y aquél no puede reducirse ni á la concepción ideal.

Habíase formado el celestial concurso para recibir á la Castidad, señora que, desde los principios del mundo, andaba por los suelos, y no había querido nunca subir á las alturas celestiales por temor de ser mal recibida, porque allí todo lo que huele á tierra se pone en cuarentena.

—Que pase Pedro—dijo el Señor con voz armoniosa.

Y apareció Pedro, el cual, en actitud algo socarrona y un si no es algo truhanesca, se dirigió hacia el excelso trono, hincando ambas rodillas.

—¿Ha llegado la Castidad terrena?—preguntó el Señor.

—Anoche, entre dos y tres de la madrugada.

—¿Pasó al recibimiento?

—¡Qué había de pasar, Señor! No sabe el diablo por ser diablo, sino por ser viejo.

—¿Arrepintiéndose?

—Le negué la entrada... Pues, además de ser vieja, tonta y fea...

—¿Qué más?...

—¡Traía billete falso!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN

LAS BULAS

En tiempo del Papa León X, el padre Juan Tetrel, expendedor de bulas que *trabajaba* en Sajonia, llevó la impudicia hasta el punto de repartir circulares obscenas, á fin de atraer incautos; se metía en los detalles más cínicos sobre los crímenes que podía absolver, y terminaba con esta singular alocución:

«Si, mis hermanos: Su Santidad me ha conferido un poder tan grande, que las puertas del cielo se abrirán á mi voz, aun para un pecador que hubiese violado á la Virgen Santísima y la hiciera madre.»

Este miserable enviado del Papa concedía indulgencias, mediante las cuales un cristiano podía alcanzar noventa y nueve veces al año la remisión de los crímenes de diez personas.

Vendía la facultad de poder librar tantas almas del purgatorio cuantas veces se podía entrar y salir de una iglesia durante las veinticuatro horas comprendidas entre el 1.º y 2.º día del mes de Agosto de cada año.

Por una ligera suma rebajaba cuarenta mil años de penas en el purgatorio, y, finalmente, vendía por una suma más crecida el poder de oblgar á la madre del Salvador á venir en persona á anunciar á los fieles el día y hora de su muerte.

Mas lo que indudablemente producía más dinero á la Santa Sede era una bula en virtud de la cual León X decretaba que los bandidos podrían entenderse con los comisarios pontificios ó sus delegados, entregando una parte de sus robos, á fin de obtener la autorización de disfrutar tranquilamente el fruto de sus rapiñas.

Su Santidad los absolvía plenamente, aunque hubiesen asesinado ó despojado á viudas ó huérfanos, lo mismo si habían robado los fondos de los asilos que si se hubiesen apoderado de herencias con títulos ó documentos falsos; ó aunque hubieran, por último, saqueado los bienes de las iglesias ó de los monasterios. El Papa sólo exceptuaba

los robos efectuados con perjuicio de la Santa Sede.

Los dominicos, portadores de bulas apostólicas, desempeñaban á las mil maravillas su misión y decían á los fieles que era preferible morir de hambre en este mundo á perder la ocasión de comprar su salvación eterna en el otro. En cuanto á ellos, pasaban alegre la vida, jugando de día á los dados y los naipes y bebiendo por las noches en los lupanares públicos.

«A estos mercaderes de absoluciones, de reliquias y plegarias; á estos bellacos que explotan los restos de los santos y las imágenes del cordero; á estos traficantes que emboban á los incautos para robarles la bolsa y que despojan á los simples hasta de la camisa—decía el ferviente católico Olivier Maillard—los he visto vanagloriarse de haber sacado á los más pobres hasta mil escudos, sin contar ciento que habían repartido entre los curas.»

Fray Tomás, á quien Florimundo de Raymond cita en sus obras como uno de los más santos y ortodoxos personajes de aquel tiempo, exponía su opinión sobre los vendedores de bulas en sus sermones con estas frases:

«¡Ved esos salteadores enviados por el Papa; mirad cómo sangran al pobre pueblo; van por montes y valles despojando á los tontos de su codiciado óbolo!

«Traemos indulgencias—dicen.—Cura, reúne tus ovejas, que nosotros las esquilaremos.» Y esos padres infames, esos curas concubenarios, ébrios y mercenarios, para mejor henchir su estómago y para sustentar sus vicios, se entienden con los portadores de las bulas, saquean y roban á los idiotas que abren sus bolsillos para las ánimas del Purgatorio.

Después juntos se divierten y huelgan diciendo:

—Una bula lo pagará todo.—¡Oh, Dios mío, quién pudiera narrar los horrores que esos dominicos cometen en el odioso tráfico de las indulgencias!».....

En vista de lo que dice fray Tomás, nos abstenemos de hacer comentarios.

Si ahora apareciese por acá, parecemos que mucho más y peor había de decir.

Primera confesión

PRÓLOGO

Orencia tiene doce años, y es una de las niñas más encantadoras de la población.

Sus padres, que son religiosísimos, estaban inquietos porque Orencia no se había confesado aún.

Una tarde su respetable mamá, la marquesa de... advirtió á Orencia que á la mañana siguiente debía ir á decir sus pecados al padre Lepe.

El general K., íntimo amigo de la casa y comensal frecuente, sostenía que *había tiempo*; pero el general tenía en la casa fama de *heije*, y no se le hizo caso.

La niña fué á consultar con Miss, una institutriz que cuidaba de ella desde que la niña tenía cuatro años.

Se encerraron juntas. Hablaron durante media hora, y después Miss salió del cuarto, dejando á la niña sola. Los ángeles del cielo revoloteaban en torno de aquella frente serena, cuya pureza no había empañado aún ningún pensamiento malo.

I

Exámen de conciencia

Orencia hablaba así:

«Me preguntará si he faltado al respeto á los Papás... y yo le diré que no.

«Me preguntará si he jurado el nombre de Dios en vano...

«Digo, yo creo que será todo esto lo que me hable. Por supuesto, que los pecados que uno puede cometer al día son tantos...

«Ayer dije que me dolía la cabeza á la hora del teatro, porque los dramas me ponen nerviosa..

«He murmurado del sombrero de Adela...

«Detesto á Miss..

«Todo esto tengo que decirle... ¿y que más? ¡Ah! sí; que desobedezco á mamá cuando me manda acostarme temprano.

«El mes pasado se me cayó el pan al suelo y no le besé.

«Hoy he llegado tarde á misa.

«Hablo de mi tío porque es un cursi.

«¿Qué más? ¿Qué más?»

Y Orencia se durmió poniendo los pecados en orden.

II

Despertar.

A la mañana siguiente, la niña y el aya fueron á la iglesia. La segunda se quedó á respetable distancia, mientras la pecadora infantil acercaba su preciosa cabeza á la verja de madera.

Miss observaba que Orencia se volvía de cuando en cuando á mirarla de tal manera, que cada mirada parecía una pregunta.

Después el aya la oía decir: «Sí, padre;» y dentro del confesonario se oía un ruido como expresión de espanto y de asombro.

Orencia acabó de confesar y vino al lado del aya.

—¿Qué tal? dijo ésta en inglés, y Orencia contestó:

—¡Me ha echado una penitencia atroz!

—¡Atroz! exclamó Miss.

—Es decir, larga, larga, terrible. He sido interrogada sobre una porción de cosas que yono sé lo que significan.

—¡Ab!

—Y en la duda, he respondido á todo que sí.

—Pero...

—Me dijo...

En este momento pasaba un coche por la calle, y el ruido de las ruedas apagó la voz.

III

Hay tiempo

Durante todo aquel día, papá Marqués y mamá Rosa se distinguieron por su empeño en huir de Orencia.

La abuelita se encerró con llave en su cuarto, diciendo que estaba mala.

Miss, condenada á estar siempre al lado de la señora, sufrió cien preguntas (con impasibilidad inglesa, contestando siempre que ella no conocía bien el castellano.

El general llegó á la hora de comer. La niña se abalanzó á él, le besó en la frente y le dijo:

—¿Qué quiere decir... tal cosa?

—Frunció el veterano las cejas á tiempo que la familia llegaba para sentarse á la mesa, y dirigiéndose al Marqués:

—¿No te lo decía yo, exclamó, que había tiempo?

El Marqués se lo llevó aparte, y le dijo:

—Mira, tú que eres listo, contéstale lo que puedas. A mí no me está bien, y la moral de la casa no me lo permite.

E. B.

“Milagros comentados,”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

CIENCIA

Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

ALMANAQUE

cómico DEL CARLISMO

para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

La honestidad

por

ROBERTO ROBERT

fames renegados y les mandaba quitar á tiritas la piel del cráneo, para que no quedara en ellos ni un ápice de la gracia del bautismo, y cayesen en el infierno al morir.

No era cruel aquel cristiano hasta el punto de repetir este castigo con todos los renegados.

La piedad recobra sus fueros en los corazones verdaderamente con sagrados á la doctrina de la Iglesia.

Así que, otras veces á los culpables de haber abandonado el Evangelio los mandaba desollar del todo á mano, y en ocasiones lograba el mismo objeto sumergiéndolos en calderas llenas de pez hirviendo.

Aquello sí que tenía que ver.

Aquel respeto á la religión...

..

En el mismo siglo XI, Focio, que no era clérigo, fué elegido nada menos que patriarca de Oriente, y como cristiano, escribió al Papa de Occidente para entablar aquellas relaciones regulares entre jefes de una religión misma.

El Papa de Roma se enfadó, y le escribió que esto de ser patriarca de golpe, sin haber empezado la carrera, no le parecía bien, y al mismo tiempo le envió unos legados á que se enterasen de aquella cosa.

Fueron los legados allá, y volvieron diciendo al Papa: señor, cada país tiene sus usos; cierto que el patriarca de Constantinopla es lego; pero otros como él ha habido, y patriarcas tuvo aquella Iglesia que ni siquiera habían recibido las aguas del bautismo.

Y se armó con este motivo un grande escándalo que apasionó los ánimos, y el Papa exoneró al patriarca, y el patriarca replicó al Papa que mandase en lo suyo, y se disputó si los búlgaros habían de depender del patriarca lego ó del Papa que poseía todas las condiciones sacerdotales, y en seguida el patriarca decía una fresca, y el Papa replicaba otra...

Pongámoslo en diálogo.

..

El Patriarca.—¡Tú sí, que consagras el pan sin levadura!

El Papa. ¡Puedes hablar tú, que no respetas el ayuno del sábado!

El Patriarca.—¿Y tú? ¿Y tú, que vuelves á untar á los sacerdotes que llegan á obispos?

El Papa.—Mejor. Por eso tus sa-

cerdotes casados dicen unas misas tan eficaces.

El Patriarca.—A lo menos los míos saben que el Espíritu-Santo procede solo del Padre: ¡A Padre, á Padre!

El Papa.—¡A Padre Filióque! bergante desalmado, y así te alcance á lo menos un rayo de excomunión de los mil que te largo.

El Patriarca (en cuclillas).—¡Aquí te espero, comiendo un huevo!...

..

Estos delicadísimos puntos de vital interés para la humanidad se discutieron largamente, y el mundo cristiano escuchaba con tanta boca abierta...

¡Muy abierta!

Porque fueron grandes las hambres en aquellos tiempos; pero por lo demás, todo el orbe cristiano tomaba el más vivo interés en aquella polémica.

¿Y hoy? ¡Hoy la impiedad sería capaz de reirse de tan augusta controversia!

..

A mediados del siglo siguiente (1054) regañaron para siempre la Iglesia romana y la Iglesia de Oriente; cada una se hizo un cristianismo á su gusto, y no volvieron á hablarse sino para asuntos de interés común.

Pero el cristianismo de Oriente es muy inferior al nuestro. En cada peseta suya no entran quizá tres reales de ortodoxia, por más que se den tono diciendo que son ellos los únicos ortodoxos.

¡Ellos!

¡Bah! No me quiero sofocar.

..

Pues sí señor: volviendo á la honestidad, es claro que no acabaríamos nunca si fuéramos á citar todos los hechos sublimes que la comprueban.

Ello se desprenden naturalmente de un principio: ¿Había en otro tiempo más religión?

Sí.

Luego más honestidad.

Lo demás es andarse por las ramas.

Recuerdo ahora aquello del siglo XI, si no me engaño.

Lo he de tener anotado separadamente en un papel; más no sé dónde, y diré lo que me queda en la memoria.

Había en Tours un canónigo que se llamaba Juan.

No se vaya á imaginar un canónigo esbelto, lindo... una especie de Nemoroso, que era canónigo.

Cuyo canónigo lindo era favorito del arzobispo.

Dicen que sus costumbres eran li-

enciosas; pero ¿qué no se ha dicho en contra del sacerdocio?

Dicen que por entonces la señora de Monforte era querida del rey, y que por influjo de esa señora, el canónigo, á pesar de sus malas costumbres (otros dicen que gracias á ellas) fué nombrado obispo de Orleans.

..

¿Pero pasó sin correctivo este hecho?

No, mil veces no; pues los clérigos de Tours, celosos del esplendor del cristianismo, sacaron unas deliciosas coplas en latín, en que se llamaba *Flora la Cortesana* á dicho Juan; es decir, al canónigo, ó digamos al antecesor de Dupanloup, y las cantaron á coro y á grandes voces, y... en fin, que la causa de la honestidad quedó triunfante.

..

Entonces, habiendo más religión, había más buen humor que hoy día.

Lo prueba esto del cantar. Se cantaba mucho.

Abelardo inventó también canciones graciosas muchísimos años después.

Y sin ir más lejos: San Bernardo, el gran San Bernardo, empezó inventando canciones alegres en latín.

¿Eh? Lo que son los tiempos.

Si San Bernardo hubiese vivido en nuestros días, con la irreligiosidad que nos extravía, acaso no habría pasado de autor de zarzuelitas bufas; sería hoy un agente de la fortuna de Arderius; pero nació entonces, y no paró hasta santo.

..

Por esto digo: la honestidad.., Porque me parece que el pretexto de este capítulo es la honestidad.

Sí, esto es.

Pues bien: estaba todo el mundo tan seguro de que no podían relajarse las buenas costumbres, que ni justicia ni pueblos se espantaban de que se repitiesen públicamente los cantares titulados:

«*Que me crece la barriga!*»

«*Razonamiento por coplas en que se contrahace la germanía y fieros de los rufianes y las mujeres del partido.*»

«*Coplas compuestas á modo de chiste, de un clérigo que tenía amores con una labradora.*»

«*Otros fieros que hizo un rufán en Zamora con una (aquí las cuatro letras.)*»

«*Razonamiento de los rufianes (uno de los cuales se declara incurso en las penas señaladas en el Fuego Juzgo, lib. III, tit. V, párrafos V y VI.)*»

Todo lo cual se refería primero con sencillez de corazón, y se imprimía después con las licencias nece-

sarias, cuando se castigaban las palabras y los escritos contra la fe, la Iglesia y la sana moral.

..

Pero no hablemos de cuando sucedió esto último.

¡Antes, antes!

Cuando la otra infanta, dejándose llevar de los impulsos del corazón, va y dice:

Gerineldo, Gerineldo,
el mi page más querido,
quisiera hablarte esta noche
en este jardín sombrío.

El pobre criado cree que la infanta se burla; ella le persuade de lo contrario; convéncese el mozo, y entre doce y una de la noche, después de rezar sus oraciones, se quita el calzado, según ciertos autores, aunque otros opinan que iba con zapatitos de seda, y sin que nadie le sienta, se introduce en la cámara de la infanta, donde se rinden ambos al cansancio.

Y no digo más sino que, descubiertos por el rey la infanta huye con su criado de la casa paterna, recibe el bautismo en Tartaria, se casa con Gerineldo, y pasan vida reglada.

..

Y ya que de la honestidad hablamos, sería injuria no recordar á aquella discretísima dama de los más felices siglos, de quién refieren las historias que al tiempo en que, por supuesto, amaba á Dios de todo corazón, amaba también... ¿Tal vez creará el lector que á un caballero?

No: á tres.

Y hallándose un día de improviso con los tres á un tiempo, sin duda se encomendaría á algún santo para salir con bién de aquel paso; porque, en efecto, á los tres satisfizo, estrechando la mano del que tenía á un lado, pisando con disimulo el pié al que al otro lado estaba, y guiñando el ojo al que tenía enfrente.

Y ninguno se enfadó, y hubo paz entre ellos, y no ocurrió nada de esos escándalos que se ven hoy día, que yo no sé... no sé á dónde iremos á parar.

..

En el bello período en que las Cortes de amor declararon aquellos altos principios de que el matrimonio no impedía amar fuera de casa y que el amor no puede ligar á los cónyuges, y condenaba á una dama á que besara todos los días á su amante, porque con el primer beso había creado en él una enfermedad que sólo por el beso podía curarse, entonces floreció todo lo florecible en materia de honestas prácticas y honestos pensamientos.

..

Ahora se me ocurre acordarme de que César Cantu, al tratar de la época x, que abarca desde [Carlo-Magno hasta el origen de las Cruzadas, epiloga diciendo que en medio de la fermentación de aquellos siglos «era imposible evitar los disturbios, la inmoralidad, las usurpaciones y los actos vergonzosos;» y al tratar de la época xii escribe lo siguiente:

«No nos dejemos engañar por los panegiristas de lo pasado, creyendo en la pureza de las costumbres de aquel tiempo.»

Yo quisiera preguntar al cronista del último medio concilio, ¿en donde ha visto prueba alguna de que las costumbres de aquellos tiempos no fuesen las mejores? ¿Acaso no dicen bastante las citas que hemos hecho en este mismo capítulo, y que el historiador no podía desconocer?

Pero verá el lector en qué pequeñas se funda Cantu para confirmar su aserto.

..

«Si los castillos continuaban siendo la madriguera de la violencia opresiva y descarada, del libertinaje sin freno; si el clero rendido al fausto y á la disolución se entregaba á los excesos que más repugnan á su caracter, también distaban mucho los municipios de dar ejemplos de moralidad severa.»

«Se contaban á miles los prostitutas, no sólo en las ciudades, sino hasta en los ejércitos de los cruzados, y se llegaba al punto de hacerlas figurar en las solemnidades públicas.»

Sí, parcial historiador, sí, es cierto; pero deberías haber añadido que en esas solemnidades públicas con ornamento de mujeres públicas, á lo menos se invocaba la Trinidad y el Santísimo Sacramento, y con esta mezcla bien combinada de lo divino y lo humano, se obtenía un saborcillo entre dulce y amargo, que ni empalagaba por lo azucarado de las cosas celestes, ni repugnaba por su puntito de mundano.

¡La religión lo conciliaba todo!

..

Cuando César Cantu escribió su *Historia Universal*, se conoce que no tenía otro númen que el de la insuficiente razón humana, siempre sujeta á error y por el error dominada.

Hablando de aquellas edades de sencillez y fe, añade:

«En general se ve mucha grosería en todas las cosas, una extremada licencia en las relaciones con el bello sexo, los desarreglos, la ausencia del pudor público.»

Pero ¡condenado cronista ecuménico! ¿cuando se levantaron más bellas catedrales que entonces;

cuando hubo más miedo al diablo, más procesiones y más dádivas á la Iglesia?

¡Y con esto supone compatible la grosería la relajación, la falta de pudor!...

¡Oh, yo he de aprender alguna oración para rezarla cuando lea atrocidades semejantes!

..

Y si á lo menos dijera solamente lo copiado ese indiscreto Cantu!

Pero dice más: insiste, recarga, persevera enumerando, como si abrigase el infame propósito de oscurecer los bellísimos fulgores religiosos de los mejores siglos.

«De aquí (dice el insensato) nacía entre los poderosos un libertinaje desenfrenado, y entre los particulares (y aún entre los sacerdotes) la costumbre de llevar consigo á sus bastardos.»

¡Ah historiador sin entrañas! ¡Hasta censuras que los sacerdotes elaborasen por sí mismos los monagos indispensables para el culto!

Ya no puede llevarse á mayor extremo la oposición sistemática á todo lo sagrado.

..

Un buen sacerdote, después de bien ordenado, bien comido, bien bebido y bien rezado, ¿debía alejar de sí á sus propios hijos?

Esto quisieran los ateos, para presentar á los ministros del Altísimo como padres sin entrañas; mas no vereis logrado ese triunfo ¡hombres impíos! y los hijos de clérigos, más gordos y rollizos cada día, serán vergüenza de vuestra encanijada prole por los siglos de los siglos, porque escrito está que *non prevalebunt*.

..

Pero ¿qué había de decir Cantu; joven, inexperto, lleno de conocimientos mundanos, y sin la menor guía eclesiástica?

En otros autores hay que buscar la verdadera luz que puede guiarnos en medio de las tinieblas históricas, para sorprender á aquellas generaciones entregadas día y noche á la más pura honestidad de costumbres.

..

«Los sacerdotes, dice el obispo Ratiero de Verona, pasan la vida en las tabernas.»

Este autor debemos dejarlo á un lado.

Debemos dejarlo, porque también dice:

«Los sacerdotes sólo se diferencian de los mundanos en que se afeitan la barba.»

(Concluirá).

Imprenta, Monserrat, 7.